





LA CASA DE ATREO S.XXI  
PRIMERA PARTE: MUJERES



Salomon Bolchenko

LA CASA DE ATREO S.XXI  
PRIMERA PARTE: MUJERES



Primera edición: marzo de 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Salomon Bolchenko

ISBN:978-84-18663-40-6

ISBN digital: 978-84-1866341-3

Depósito legal: M-7155-2021

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A Juan Carlos, mi psicólogo,  
que me ayudó a asomarme al precipicio de mi subconsciente,  
a apreciar su profundidad  
y reconocer la superficie.*



## Capítulo 1

### El día de la madre

«Qué cosa maravillosa es el alma, que nadie sabe dónde está, pero todo el mundo sabe cuando duele».

ANÓNIMO RUSO

Era el día de la madre. Salía del turno de mañana, a las tres de la tarde, cansado después del madrugón y de que en la noche del turno anterior no había pegado ojo. Además, no había comido. Así que cuando paré a echar gasolina, porque iba en reserva desde hacía tiempo, pensé: «Qué bueno sería que vendieran flores en la gasolinera». Y qué cutre también; cómo mezclar el olor a gasolina con flores... Pero el cansancio hace aliados imprevisibles. Así comería pronto y me daría tiempo a echarme una siesta antes de ir a ver a mi madre. Y sí que había, quedaban dos ramos, uno medio decente y otro triste y marchito. Compré

el primero. Después de comer, como siempre que he pasado un punto de no retorno en el agotamiento, no pude dormir nada.

Llegué a casa de mi madre, le gustó el ramo, por lo menos eso me pareció. Había que bajar unos muebles de la parte de arriba, donde están los dormitorios, donde crecí desde niño, cuando empecé a saber qué es tener consciencia de ser alguien, que miro hacia atrás y me parece otra vida, como si recordara otra persona distinta. Entramos en el dormitorio de mis padres, donde desayunábamos en el suelo yo y mis hermanos los fines de semana, sentados alrededor de una bandeja debajo de la ventana, y mis padres desayunaban en su cama. Creo que eso, y cuando jugábamos al Monopoly, son los únicos momentos que recuerdo estar juntos física y espiritualmente, de verdad, como una familia unida, que hasta creo que mi madre lo hacía para intentar que así fuese. Tenía a su lado mi madre una caja de Maltesers, y cuando le tocaba a uno, en el juego, le daba una bola de chocolate. ¡Cómo las disfrutaba! Las rodaba por mi boca poco a poco, hasta que el chocolate se fundía en mi boca, y luego aplastaba sin dientes, con el cielo de la boca, esa pasta interior que se parecía a un panel de abejas. Para mí era algo grande ese ritual de comunión familiar, hasta el punto de que me ponía nervioso pensando con anticipación en el acto de jugar, y era

como algo sagrado y que yo no merecía. Tampoco es que jugáramos demasiado, fue una iniciativa que no duró mucho, aunque no recuerdo bien cuánto.

Ese otro día, el día de la madre, estábamos ahí arriba, en el cuarto de mis padres, y mirando por la ventana vi como una tormenta de nieve, porque, aunque hacía calor, había tal viento que se desprendía la pelusa blanca de los álamos desmedidamente, y el aire estaba lleno de partículas blancas y muy juntas que se arremolinaban caprichosamente al compás del viento. Parecía un cuadro en vez de una ventana. Me quedé mirando absorto, se paralizó el tiempo, y me acordé de aquel invierno en el que yo tendría unos ocho años y, desayunando todos juntos ahí, en ese cuarto, hubo una tormenta de nieve de verdad que hizo que mi madre estuviese alegre, y me llenó de calor y serenidad. «Qué contraste», pensé.

Aquel día (de la tormenta) hacía frío fuera, y sin embargo yo tenía una cálida felicidad por dentro. Pero en ese momento, mirando el sol seco de Madrid y el fuerte viento moviendo aquello que parecía nieve, sentí frío y vacío por dentro. Y mirando a mi madre, pensé que tal vez era la última vez que pudiese regalarle flores por el día de la madre. Qué tristeza sentí, que me traspasó el alma, no sé bien si por ella, o por mí, o por los dos, que intenté que no trasluciera, pero no porque mi madre lo notara, sino por mi

mujer, que estaba ahí con nosotros, y las caza al vuelo. Y aunque lo intentaba notaba desde dentro mis ojos pesados. Todavía no sé cómo no se dio cuenta.

## Capítulo 2

### Mi primera hija

Aquello que no recuerdo escapa a mi control, y sin embargo decide por mí.

Aunque desconozco el motivo que llevó a que mis padres contrajeran matrimonio, sospecho mucho que estaba equivocado, tuviera o no algo que ver con amor. Me resulta difícil pensar en dos personas más incompatibles. Así que mi padre aparecía poco por casa, creo que para no coincidir con mi madre, y cuando lo hacía no recuerdo que hiciéramos mucho juntos. Claro que la explicación oficial era que mi padre trabajaba mucho. Mi madre sí estaba, pero más bien ausente, creo que por depresión. Por mi parte, no es que tuviera un motivo equivocado, es que no sé por qué me casé la primera vez, pero el resultado fue similar al de mis padres: resultamos ser incompatibles. La segunda vez sí co-

nozco el motivo: me casé porque elegí con quien compartir mi vida. Porque, aunque mi actual mujer y yo somos muy distintos en unas pocas cosas, en las importantes somos iguales. Somos como almas gemelas, compartimos tantos puntos de vista en lo importante que se hace fácil estar unidos, y difícil estar separados. Con mi primera mujer era al revés, pero cuando tuvimos hijos eso era algo muy fuerte a compartir, y pensé que nos mantendría unidos. Porque cuando tuve mi primera hija me volqué hacia ella, quería cumplir aquello que se dice en el Nuevo Testamento: «los amó hasta el extremo». No sabía entonces que lo que realmente estaba haciendo era intentar llenar el vacío de mi infancia; intentaba, todavía, ser una familia unida con todas mis fuerzas y todo mi amor. Y un amor desorientado y desmedido, como una tormenta desatada, no trae unidad, ni serenidad, ni la firmeza que debe tener un padre. Aparte de que lo que se recibe sin medida no se valora mucho por el que recibe, más bien se da por hecho. No me daba cuenta, pero me dirigía con paso firme a una maldición que dicta que las carencias de la infancia se repiten con más fuerza aun cuando somos adultos, y además se traspasan a los hijos. Son como una maldición hereditaria, como heridas con cicatrices mal curadas: en cuanto algo las roza, se abren y sangran.

Mi herida se abrió cuando me divorcié. Para entonces tenía ya dos hijos, niña y niño, de diez y ocho años. Mi maldición se cumplió porque lo que yo más deseaba, una familia unida, se rompió. «Cómo me puede pasar esto a mí —pensé—, a mí, que he intentado tanto crear una familia unida».

Un desasosiego familiar se extendió por mi ser, algo que no recordaba bien pero que estaba ahí y se abrió, algo de lo que yo tenía la culpa, el vacío de mi infancia que se abría paso con fuerza, que me sangraba el alma. Y mis hijos por medio, y yo viendo que les traspasaba la maldición familiar. Por entonces me leí la *Orestíada* de Esquilo en inglés, que era lo que tenía a mano, y además en una traducción que conserva la poesía impecable del original. Leerlo me calmó, Orestes hereda la maldición familiar de la casa de Atreo y mata a Clitemnestra (su madre) para vengar a Agamenón (su padre), y ello es terrible, aunque su motivación sea buena, y rompe aún más una familia ya de por sí destrozada.

## Breve descripción de la maldición de la casa de Atreo.

La historia de la casa de Atreo empieza con Tántalo de Lidia, que entre otros crímenes descuartiza a su propio hijo, Pélope, para ofrecerlo en banquete a los dioses. Estos, horrorizados, restauran a la vida a Pélope, y al hacerlo renace más bello, hasta el punto de que Poseidón se enamora de él y le hace su amante. Después Pélope quiere casarse con Hipodamía, para lo cual tiene que vencer en una carrera de carros al padre de Hipodamía (que está enamorado de su propia hija). Poseidón ayuda a Pélope y, durante la carrera, muere el padre de Hipodamía.

Pélope tiene como hijos a Atreo y Tiestes. Estos dos, Atreo y Tiestes, matan a su medio hermano Crisipo, por lo cual son desterrados de Olimpia junto con su madre, Hipodamía, quien se ahorca.

Ya en Micenas, Tiestes seduce a la mujer de Atreo e intenta usurpar el trono sin conseguirlo. Es desterrado, pero Atreo, fingiendo una reconciliación, le hace llamar y le invita a un banquete, en el cual el menú son los hijos de Tiestes. Cuando este se da

cuenta vomita y huye. Después, Tiestes tiene un hijo (fruto de incesto con su hija), Egisto.

Por su parte, Atreo es padre de Agamenón y Menelao. Cuando Agamenón quiere partir para Troya para recuperar a Helena, huida con Paris, no obtiene vientos favorables. El adivino Calcas le dice que tiene que sacrificar a su hija Ifigenia si quiere que la diosa Artemisa se los conceda. La sacrifica y parte a Troya, dejando atrás a su mujer Clitemnestra. Esta, con el tiempo, inicia una relación con Egisto en ausencia de Agamenón. Cuando Agamenón regresa es asesinado por Clitemnestra y Egisto. Orestes, hijo de Agamenón y Clitemnestra, y que estaba ausente cuando muere Agamenón, regresa, y, junto a su hermana Electra, planea la venganza y muerte de su madre y Egisto. Lleva a cabo su plan matando a los dos, y como consecuencia las Furias (personificaciones femeninas de la venganza que perseguían a los culpables de ciertos crímenes) le persiguen y atormentan. Finalmente, es sometido a juicio en el Areópago de Atenas, y absuelto con la ayuda de Atenea.

Como es habitual en la mitología griega, en toda esta historia hay multitud de situaciones, personajes y motivaciones que complican su seguimiento, pero lo importante es que Orestes hereda un pasado familiar de asesinatos entre familiares, de traiciones y motivaciones terribles, en suma, de horror. Pero en su caso la motivación que le lleva a matar a su propia madre no es terrible. Orestes asesina a su madre para vengar a su padre, lo cual en la Grecia antigua era claramente honorable, e incluso hoy día podría considerarse como algo razonable. Además, cuando se le juzga sale absuelto.

Pensé que mi motivación, querer lo que no tuve de pequeño para mis hijos (una familia unida), era buena, pero el desenlace (una familia separada) no, como le pasa a Orestes.

Esa maldición de la casa de Atreo, ancestral y terrible, aunque mítica, era como una llamada primitiva que me hermanaba con la humanidad y su destino sobre la tierra. Era como compartir la antigua visión griega del destino, esa visión fatalista que dicta que nadie puede escapar a su destino. En términos de psicología actual se traduciría en que nadie escapa a su inconsciente. De alguna forma me quitaba mi sentido de culpa en mi peculiar maldición familiar. Cierzo que mi situación era mucho menos terrible que la de Orestes, pero, sin embargo, más real.

Y en medio de toda esa convulsión personal estaban mis dos hijos. Sufría mucho por ellos, intenté mitigar los efectos explicándoles que tenían a sus dos padres como antes, aunque por separado. Y que había niños que no tenían ningún padre. Creo que, sin saberlo yo en ese momento, el niño dentro de mí se identificaba con ellos, y por eso me dolía más. Y mi hija hizo lo que luego (en ese momento no lo entendí) una psicóloga me dijo que era normal para su edad (diez años): tomó partido por su madre. Era normal por dos motivos: porque con esa edad se elige postura por motivos emocionales, y porque una hija se identifica normalmente más con su madre que con su padre, ya que comparten género. Ahora lo veo y no me choca; cuando ocurrió, no hizo más que agravar mi desasosiego. Pero incluso entonces, aunque no lo entendí como ahora, lo acepté, sin juzgar lo injusto (o no) que pudiera ser para mí. Porque amar implica no juzgar y aceptar al otro como es, no como uno piensa que debería ser. Y el amor hacia los hijos es así, desinteresado y puro.

Qué decir de mi hija, ya de pequeña tenía fuerza interior, es una luchadora de nacimiento y eso en la vida ayuda mucho. Cuando tenía dos años tuvo una neumonía grave, y el jefe de planta del hospital donde estaba ingresada me dijo un día: «Ya no sabemos qué hacer». Qué impotencia me entró. Me recogí

hacia dentro, en silencio, y vi un abismo de desesperanza y presagios funestos. Qué mal me sonaron esas palabras. Le habían dado ya cuatro antibióticos diferentes y ninguno le hacía efecto, porque la infección se había metido en la sangre. Estaba yo solo con ella en el hospital, porque su madre cuidaba de mi otro hijo recién nacido y había riesgo de contagio. Mi madre no acudió para ayudarme, y ello a pesar de que es la única vez que le he pedido algo directamente (tenía un «compromiso»). Pero el quinto antibiótico que le dieron (se llamaba Klacid) le hizo efecto. Cuando me lo dijeron, una enfermera se ofreció para quedarse un rato con mi hija para que yo diera una vuelta, porque llevaba tres semanas metido en el hospital sin prácticamente dormir (en el sillón del cuarto del hospital), y salí a la calle. Al cruzar la puerta del hospital me sorprendí. Qué luz tan transparente había esa tarde en la que parecía que el mundo se había parado para descansar, qué aire tan puro se me metía al respirar, qué feliz era de simplemente pasear sin más, fijándome en cosas sin importancia, que creo que nunca me he vuelto a sentir así, como si el alma no me pesara nada, pero era porque tampoco nunca en mi vida he sentido tanto miedo por nada.

Unos días después le dieron el alta. Cogió su osito de la mano y al andar lo arrastraba un poco por el